

Biblioteca Films

BAJO EL CASCO DE CUERO



NUM.
508

Gina Manea y Gaston Modot

25
CTS.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMON SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"A L A S"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS:
Sdad. Ciral, Española de Librería - Sarrià, 14 y 16 - Barcelona

AÑO 13

APARECE LOS MARTES

NÚM. 505

BAJO EL CASCO DE CUERO

Adaptación en forma de novela de la película del
mismo título interpretada por la genial

GINA MANES

Narración de HARRY BALTMORE

**EXCLUSIVAS
ARTISTAS
ASOCIADOS**

Rbla. Cataluña, 62-Barcelona



INTERPRETES

Florian	GINA MANES
Surylan	P. Riegard
Simianof	Gaston Modot
Sudek	R. Destac

ARGUMENTO DE LA PELICULA

PRIMERA PARTE

En un campamento de aviación de las líneas interaliadas, varios oficiales presenciaban, provistos de sus grandes gemelos de campaña la lucha que sostenía un aparato del campamento con otro enemigo y cuando ya se disponían a salir en auxilio del compañero vieron caer incendiado el avión enemigo. Aquello hizo que se detuvieran y esperaran el regreso del que había librado el combate.

Las luces del atardecer empapaban ya a estamarse, cuando el avión descendió a tierra. Los compañeros del aviador corrieron a felicitarle y uno de los oficiales estrechando fuertemente la mano del combatiente le dijo:

—¡Otro que ha caído! Ya van catorce en dos meses!

—Se defendió bravamente — respondió el vencedor quitándole importancia a su victo-

ría —, pero su aparato era poco rápido y por eso la suenabida.

Indudablemente, capitán — exclamó otro oficial — usted es el us de la aviación mundial.

El capitán sonrió amigablemente a su compañero y pronto formaron un grupo en media del campo comentando las proezas del capitán Survián, que era el que había destruido catorce aparatos enemigos.

Era el capitán Survián jefe del destacamento y hombre de unos treinta años. A pesar de los sufrimientos propios de una vida de campaña, que llevaba consigo una tensión continua de nervios y a pesar de los muchos peligros que a diario tenía que correr, conservaba un carácter jovial y expansivo, que había logrado captarse las simpatías de todos los oficiales a sus órdenes, quienes veían en él más que a un jefe a un buen compañero.

Como es natural, después de las incidencias de las peleas, cuando lograban reunirse, como gente joven que eran, la conversación resultaba, siempre en mujeres. Hablaban de las que habían conocido, de las que pensaban volver a ver nuevamente y sobre todo de la falta que hacía en aquel triste campamento la presencia de alguna mujer hermosa que los librara del tedio en que permanecían en sus horas libres de servicio.

No tardó aquella tarde en reproducirse la

misma conversación y el capitán Sarvián, para evitar que continuasen elogiando su conducta, exclamó riendo:

— Lo que me hace falta, aquí es una mujer hermosa.

El ruido de una botina hizo volver la cabeza a todas y uno de los oficiales, señalando un bullo que avanzaba hacia ellos, pero que no se podía precisar bien por la oscuridad que la noche iba tendiendo sobre todas las cosas, exclamó:

— ¡Parece un automóvil!

— ¿A esta hora y en este desierto? — exclamó otro de los oficiales.

El capitán Sarvián miró con insistencia hacia el bullo que seguía avanzando rápidamente, hasta que al fin exclamó:

— Des Roseuz tiene razón, es un automóvil.

El coche continuó su marcha, mientras los oficiales le seguían con la vista hasta que al fin llegó a donde estaban ellos.

Del interior del coche bajó una mujer espléndidamente hermosa. Sus ojos negros, rasgados y de mirar acorralador se fijaron en los oficiales y principalmente en el capitán Sarvián.

Todos los reunidos no podían apartar la vista de la hermosura extraordinaria de aquella mujer, que pareció romper el ex-

canto que había producido su presencia preguntando amablemente:

—¿Es esta la escuadrilla M, 13?

En efecto, señora — respondió el capitán Surviau — Esta escuadrilla es la llamada M. 13.

—Entonces he llegado a mi destino. Venía en su busca... ¿Quién de ustedes es el capitán Surviau?

—Yo, señora — respondió el aludido, inclinándose galantemente ante ella — ¿En qué puedo serle útil?

La recién llegada hizo más intensa la mirada hacia el capitán y exclamó al fin:

—Desco hablar a solas con usted... Tardíamente donde poderme hacerlo — se volvió luego al chofer que la había traído y le dijo autoritariamente:

Baja las maletas y puedes irte.

A una indicación del capitán lo siguió hasta dentro del edificio que le servía de cuartel provisional y cuando estuvieron solos ella empezó diciéndole:

—Yo soy rumana y tengo una comunicación para usted.

Le entregó un sobre cerrado, que el capitán Surviau se apresuró a abrir y leer su contenido que decía:

“Gran Cuartel General de Rumania;

El Jefe del Estado Mayor del G. C. C.

Rumano al capitán Surviau, comandante de la escuadrilla M. 13.

El capitán Surviau recibirá a la señora Florica Romanesco en su escuadrilla M. 13 en cumplimiento de una misión especial.

El capitán Surviau deberá en todas las circunstancias ponerse a disposición de la señora Romanesco para los vuelos y nombramientos que ella desee efectuar.

El capitán cuando terminó de leer la orden levantó la vista hacia Florica y le dijo:

—¿Ha pensado usted en lo peligrosas que es su misión?

Flavia, que mientras había estado el capitán leyendo la orden, no había dejado de inspeccionarlo detenidamente, le respondió:

—Estoy dispuesta a todo por cumplir esta misión.

—Y yo estoy a las órdenes del C. C. C. rumano y a las suyas. Usted compartirá nuestra existencia aquí y si me lo permite, empezaré por presentarle a mis conaradas.

—Pasaré mucho gusto en conocerlas— respondió sonriendo deliciosamente Florica y del brazo del capitán entró al comedor donde estaban ya reunidos todos los demás oficiales.

SEGUNDA PARTE

Le lanzó una sola mirada a Florica para darse cuenta del cambio que habían experimentado, con su presencia, la costumbre de aquellos hombres. El aspecto de abandono en que los había encontrado, se había traducido en un gran esmero por presentarse dignamente ante ella. Se advertía la influencia de la mujer y la feyer, ante aquello no pocos que sonreír disimuladamente.

El capitán fué presentándole a sus compañeros y diciéndole:

—El teniente Pola Vaccis, el teniente Strasen, el capitán Sindano.

Florica fué dándoles la mano a cada uno y al llegar al capitán Sindano le miró fijamente, como si quisiera escudriñar sus más íntimos pensamientos.

Cuando terminó la presentación, el capitán Surcian le explicó la presencia de ella allí:



Floriza, miró solapadamente al capitán.

—La señora Floriza Romanescu viene para estar entre nosotros con objeto de cumplir una misión especial.

Floriza miró solapadamente al capitán Simianof y advirtió cierta nerviosidad en él que pasó desapercibida por los otros. El capitán en el tono confidencial que antes había hablado volvió a decir mirando hacia Simianof:

—He aquí al hombre que nos transmite las noticias de todo el mundo.

Muy interesante—respondió Florica—. Para mí esa tiene mucha importancia, porque precisamente me interesa tener ciertos radiogramas.

La cena transcurrió sin que se volviera a hablar de nada de servicio y los oficiales se desvivían por atender a su invitada.

Pero a pesar de las atenciones que todos tenían con ella, Florica no podía dejar de demostrar ciertas preferencias por el capitán Survian. Aquel hombre cuyo valor habían hecho resaltar tanto sus compañeros producía en ella una extraordinaria admiración, que vanamente le hubiera sido posible disimular.

Tampoco parecía serle indiferente al capitán la belleza de Florica y ésta al beber el champán se levantó diciendo:

—Bebo por las victorias tuyas, capitán.

Survian emocionado por el brindis de la joven levantó su copa y exclamó intencionalmente:

Yo deseo todavía otra victoria mucho más apocada.

Pues crucemos—respondió Florica—bebo por la victoria que usted desea.

Pasaron dos días más y durante ellos la amistad entre Florica y el capitán Survian fué haciéndose más sólida. La belleza de aquella mujer había llegado a interesar de tal modo al capitán, que no era nada difícil ad-



...a pesar de las atenciones que todos tenían con ella...

certir en él la admiración que le producía. No obstante, un temor inexplicable le detenía a confesarle el amor que había hecho nacer en su corazón. No sabía nada de ella, su vida anterior le era abominablemente desconocida y un recelo inexplicable le detenia.

Florica había adivinado aquel gesto y aun cuando su deseo hubiera sido poderle desengañar, pensaba en la misión que le había llevada allí y se esforzaba por aparecer serena ante él, manteniéndola sin embargo en silen-

cio toda su historia anterior a su llegada al campamento.

Una mañana le dijo al capitán Surván, cuando se encontraron después de haber pasado la noche luchando con sus propios pensamientos:

—Capitán quisiera volar esta mañana, encima del castillo de Neemtán.

—Eso es una temeridad que no consentiré—respondió el capitán, pensando en el peligro que suponía aquel vuelo sobre territorio enemigo.

Florica sonrió y le dijo, sin denotar la menor inquietud:

—Ya sé que usted ha volado en esos parajes tres aviones, pero sin embargo es necesario que yo vuele hoy mismo sobre Neemtán.

—¿Es orden de servicio? — preguntó al fin el capitán.

—Sí—respondió acanamente Florica.— No estoy tan desesperada de la vida para exponerme por placer a ser visto.

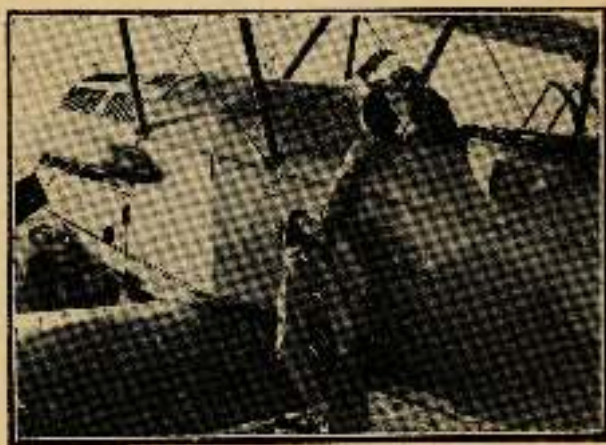
—Entonces a las diez saldremos para el sitio que desea—exclamó al fin el capitán.

A la hora señalada por él, Florica vestida con su casco de cuero y su chaqueta de aviadora esperaba la llegada de Surván, que no tardó en presentarse diciéndole:

—¿Está usted dispuesta?

—Ya lo ve—contestó ella.

—Entonces vamos—replicó el capitán, en



- ¿Está usted dispuesto?

quien podía observarse el nerviosismo propio de un hombre que va a correr un gran peligro.

En aquel instante en quien menos pensaba el capitán era en él. Otras misiones mucho más difíciles había realizado y si en aquel instante sentía la preocupación del peligro no era más que por lo que pudiera sucederle a Florica.

Al fin se elevaron en el espacio y se encaminaron hacia el castillo. Apenas habían

empezado a volar sobre el campo enemigo, cuando una escuadrilla de aviones les salió al paso. El capitán se volvió hacia su pasajera y le dijo:

— Nos es imposible seguir adelante. Esos aparatos nos cercarán.

— ¡No créa que un as de la aviación como usted sintiese miedo! — exclamó Florica.

El capitán no respondió a aquella sugerencia de la joven y siguió avanzando con su aparato, esquivando las descargas de sus enemigos. Dió una vuelta al castillo perseguido por los demás aviones y finalmente inició el regreso hacia su base.

La serenidad demostrada por Survia le fué un motivo más para que Florica sintiese aumentar la admiración que ya experimentaba por aquel hombre y cuando, una vez lejos del enemigo, él le preguntó por el resultado de aquel vuelo, ella le respondió:

Este paseo aéreo me ha permitido hacer observaciones muy útiles. Le ruego que no dé ningún detalle a la superioridad de lo que hemos hecho.

¿Tiene usted desconfianza en alguien de nosotros? — preguntó extrañado el capitán.

— En ninguno — se apresuró a decir ella —; pero es preferible callar esta excursión. Deberemos el día en que me deje en Neumán.

—¿En el campo enemigo?... ¡Eso es imposible... ¡Sería una locura!

—Una locura que no tengo más remedio que realizar. El grado cerca del castillo es un buen terreno para aterrizar.

Survian comprendió que las razones que tenía Florica serían imperiosas y seguro de que no lograría hacerla desistir de su propósito, esperó el momento en que ella le indicase el día del aterrizaje en campo enemigo.

Tres a cuatro días después de aquella inmersión en campo enemigo, Florica entró por la noche al departamento del capitán Simianof. Ese, al verla llegar, se puso en guardia y le dijo:

—¿Qué desea usted aquí?

—Hablar con usted un rato... ¿Le acuesta hablar con una mujer?

Simianof, aun no estaba seguro de la sinceridad de aquella mujer, le ofreció un asiento y le dijo:

—Señora, hay muy pocas cosas en el mundo que me causen miedo.

—Pero confieso que mi llegada sí se la ha causado.

—¿Su llegada?... ¿Por qué?

—Porque sabe usted que yo sé tanto de radio como usted. Sabe usted que todos esos mensajes que usted capta, los capta yo también y por eso ha pretendido usted impedir

que recogiera hoy lo que comenzaban desde el castillo de Nvenitz.

—Yo no sé nada de eso—respondió el capitán Simianof—. Mis aficiones por la radio no permiten una pricién tan grande como la que usted cree que tengo.

Florica sonrió deliciosamente y envuelto en una mirada fascinadora le dijo:

—¿Por qué desconfía usted de mí?... Usted cree que ya estoy verdaderamente al servicio C. C. C. rumano y no es cierto... Yo trabajo por la misma causa que usted y debo ser franco conmigo.

—¿Es usted una espía? — preguntó alarmada el capitán.

—Una espía, pero enemiga de todas las que están aquí. Los únicos que podemos ayudarnos somos los dos.

Pero el capitán Simianof no era hombre que se dejase ganar fácilmente y exclamó:

—Mi obligación me indica el deber que debo cumplir. Lo siento mucho, señora, pero es necesario.

Florica, sin perder la tranquilidad le preguntó sonriendo:

—¿Y qué es lo que piensa usted hacer?

—Delatarla como espía enemiga... Ya sabe usted la suerte que le espera.

—Será la misma que a usted—exclamó con frialdad ella—. Usted me delata a mí como

espía y yo le delato a usted... Tengo prueba que le acusan.

La serenidad de Simianof desapareció al oír que tenía pruebas contra él y exclamó impacientemente:

—¿Dónde están esas pruebas?

Florien le mostró un sobre que llevaba oculto en el pecho y exclamó:

—Aquí están... Con lo que contiene este sobre hay suficiente para que lo fusilen.

Simianof no supo ya contenerse y se adelantó hacia ella con el fin de apoderarse a la fuerza de aquel sobre, que por otra parte no contenía documento alguno.

Mientras forcejaba con ella, sintió pavor y ante el temor de que fuera el capitán Survian, sacó su pistola dispuesto a disparar antes de que ella pudiera decir nada.

Florien temiendo por la vida del capitán Survian se abrazó al otro para impedir que disparase y en este momento se abrió la puerta y apareció Survian, que quedó sorprendido de ver a Florien en los brazos de su compañera.

En el primer instante creyó que Simianof pretendía ofender a la joven y exclamó indignado:

—¡Deje a esta mujer enseguida!

—¿Quién es usted para querer quitármela?

—respondió enfáticamente Simianof.

—¿Quitársela? — preguntó sorprendido.

Survian—. Para poder quitar a una mujer es preciso antes haberla poseído.

Simianof con un deodón profundo arrojó violentamente a Florica lejos de él, haciendo que la joven rodara por el suelo y respondió:

—Cuando yo hablo así, tengo mis razones. Quédese ahora con ella. Ya no me interesa.

Salió de la habitación y Florica, al ver que Survian iba a marcharse también le gritó angustiosamente:

Survian... ¡Por favor, escúchem!

Se volvió el capitán y después de dudar algunos segundos, accedió a ayudarla a levantarse diciéndole:

—Nunca creí esto, Florica.

—¿Qué es lo que usted cree? — preguntó ella.

—Lo que acaba de decirme Simianof... Ha jugado usted con nosotros dos.

—¡No es cierto! — respondió amargamente ella—. Simianof pretendía matarme cuando le oí acercarse y yo me abracé a él para impedir que disparara sobre usted.

Survian miró sonriendo a la joven, demostrándole que no la creía y ella continuó:

—¡Le juro a usted que es verdad, Survian!... Ese Simianof es un miserable, es un espía y por temor a que yo le delatase quería matarle.

—¿Dice usted que puedo creer en acusación? — le respondió Survian—. Simianof es

mí compañera y usted pretende entristecerme y hasta le acusa de lo más grave que puede calificarse a un militar. Le ruego, señora, que cuanto antes cumpla usted la misión que aquí le ha traído y desampare de este campamento.

Florica, cuyo temperamento orgulloso, le impedía suplir más, se le quedó mirando fijamente y le dijo:

—Mañana me llevaré usted al castillo de Neenatán y me dejará usted allí. Tal vez algún día se arrepentirá de su actitud de ahora.

Y sin esperar a más subió dignamente de la habitación, mientras que en su interior lloraba la falta de confianza que Survián tenía en ella.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pla.

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS

TERCERA PARTE

Floricu Romanescu llevaba una misión algo difícil que cumplir. En el castillo de Neemtú existían varios documentos importantes que habían sido dejados allí durante la huida de las tropas que lo guardaban, cuando fué tomado por el enemigo. Entre los que habitaban el castillo estaba un tal Sudek, un hombre que había traido a los suyos y que era el único que sabía dónde se guardaban dichos documentos.

En el Estado Mayor rumano se sabía que Sudek no había tenido ocasión todavía de entregar dichos documentos y por lo mismo se envió a Floricu para que lograra apoderarse de ellos e impedir que los documentos pudieran llegar a manos del enemigo. La misión era por demás importante, pero así y todo, Floricu, sin más pensamiento que el de librar a los suyos, se ofreció, ya que aquel

castillo, por una de esas raras coincidencias había pertenecido a sus antepasados.

A la mañana siguiente de la escena que acabamos de relatar, el capitán Surcian estaba esperando a Florica en su aparato cuando se presentó ésta y le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Espero la hora de la partida —respondió seriamente el capitán.

—¿Todavía puedo contar con usted, entonces? —preguntó ella, deseando recuperar la confianza que había perdido en el ánimo del capitán.

—Yo confío cumplir siempre mi obligación— exclamó el capitán, sin abandonar su aire de seriedad con que la había recibido.

Florica subió al aparato y poco después se elevaron con dirección al castillo de Neamtzu. A las pocas horas de vuelo llegaron sobre el campo que había señalado Florica y aterrizaron sin ser vistos por nadie. Florica le tendió la mano en señal de despedida y el capitán Surcian hizo como que no se daba cuenta de aquel gesto. Entonces, Florica desesperada por aquella actitud le dijo:

—Es usted demasiado severo conmigo, capitán Surcian. Usted debe excusarse, sobre todo en el momento en que nos vamos a separar... quizá para no vernos más.

Había tanta emoción en las palabras de

ella, que el capitán no pudo menos que sentirse emocionado y le dijo:

—Si es cierto todo cuanto dice, ¿por qué no quiere contarme cuál es su misión aquí?

—No debía decirlo a nadie, pero para demostrarle mi afecto le confesaré toda la verdad. ¿Conoce usted a Sudek?

—¿El traidor? — preguntó Survián.

—Sí, el mismo—respondió ella—. Sudek ha tomado el castillo de Neamtzu y en ese castillo existen documentos de la más alta importancia para nosotros los cuales van a ser entregados al enemigo, pero yo impediré que se haga esa entrega.

—¿Y no teme usted a la muerte? — preguntó el capitán.

—Antes de conocerlo no tenía a nada—respondió ella, sin querer ocultar el amor que sentía por él, ya que lo más difícil sería que no volviera a verle—, pero desde que lo conozco siento un gran cariño a la vida. Creo que todavía podría ser feliz. Hasta ahora no sé lo que era el amor.

—¿Y ahora lo sabe usted? — preguntó el capitán, advirtiendo la sinceridad de Florica.

—Ahora sí, porque lo conozco — confesó ella arrojándose a sus brazos.

Durante un rato permanecieron los dos abrazados, hasta que Florica se apartó diciéndole:

—Es hora de separarnos... Usted debe volver a la base, antes de que le descubran y yo procuraré salvar la vida, para dedicársela por entero.

Se besaron apasionadamente y el capitán con el corazón dolorido por el peligro que corría su amada, no tuvo más remedio que avenirse a las exigencias del servicio y alejarse de aquel lugar, donde con su presencia podría perjudicar a Florica.

Ella llevaba ya su plan hecho y se dirigió hacia el castillo de Neumitz. No tardó su presencia en ser vista por varios soldados que corrieron a detenerla preguntándole:

—¿Quién es usted?

—Florica Romanescu —respondió ella, sin ocultar su verdadero nombre.

—¿Es usted francesa? —le preguntó un oficial que había acudido momentos después.

—Soy rumana —respondió ella.

El oficial la miró sin comprender cómo se atrevía a declarar una nacionalidad que era enemiga de ellos y al fin le dijo:

—¿Sabía usted que el castillo estaba tomado por las tropas enemigas?

—No me ha preocupado de ello —replicó Florica—. Vengo aquí porque aquí nací y no me importa nada la guerra.

Así y todo tendrá que conducirla ante el jefe —se excusó el oficial, a la vez que indicaba a dos soldados que lo prestasen guardia.

Conducida entre ellos la llevaron donde se hallaba el traidor Sudek, quien con su cuartel general se había establecido en el castillo y preparaba en aquellos instantes una fiesta para celebrar la toma del mismo.

El oficial dejó a Florica en la puerta custodiada por dos soldados y se presentó a Sudek diciéndole:

—Hemos prendido a una joven que dice que es rumana.

—¿Una joven rumana? — respondió Sudek— Eso no tiene importancia. Que quede detenida. ¿Ha hecho alguna manifestación?

—Absolutamente ninguna... Solamente ha dicho que se llama Florica Romanesco.

¿Florica Romanesco? — preguntó extrañado Sudek—. ¿Dice usted que se llama Florica Romanesco?

—A lo menos así ha contestado cuando se le ha preguntado.

Sudek conocía de sobras a Florica. Ya en otra ocasión cuando servía en el ejército rumano había sentido por ella una gran pasión, la cual no pudo ver nunca correspondida. Por lo mismo al saber que estaba aquella mujer en su poder, creyó que no le sería difícil satisfacer sus deseos amorosos y le ordenó al oficial:

—Tráigala aquí y custodien la puerta.

Salió el oficial para cumplir la orden y poco después, Florica y Sudek se hallaban cara frente a frente.

Sudek sonriendo cínicamente ante ella, le preguntó al fin:

—¿Cómo se ha atrevido usted a venir a buscarme aquí precisamente?

—Tenía que hablar algo muy interesante con usted y en vista de que solamente aquí podía encontrarla por eso he venido.

—¿Luego su visita no es casual? — preguntó con cierta intención Sudek.

—Ya sabe que yo no vivo de casualidades, sino de necesidad —le respondió ella—. Séa que estaba usted aquí y por eso he venido.

—¿Para reírse nuevamente de mí amor por usted? — preguntó indignado Sudek.

—Para eso y para algo más —respondió ella.

—¿No sabe que pueda hacerla fascinar por espía, si me da la gana?

—También lo sé, pero es tan importante lo que tenemos que hablar, que ni aun esa idea me ha detenida.

La tranquilidad que aparentaba Florica desconcertaba por completo a Sudek, que acabó diciéndole:

—Mañana ha elegido para ello. Esta noche doy una fiesta en este castillo, que usted conocerá muy bien.



Aquella fiesta era una verdadera orgía.

—Algo más que usted, una cañada: tampoco la descomunice por completo — respondió Florian.

—Pues bien—siguió diciéndole Sudek— como ya no me fio mucho de usted, quedará detenida, hasta esta noche. Avisaré usted a la fiesta y después podremos hablar de lo que usted quiera... Tengo la seguridad de que esta vez nos entenderemos.

Florian no respondió a la alusión de Sudek

y salió de la sala, en la que éste había mandado su despacho y nuevamente fué conducida por los soldados a una de las habitaciones del castillo donde quedó detenida en calidad de prisionera.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

la novela blanca preferida
por todas las señoritas.

CUARTA PARTE

La ficeta que había preparado para aquella noche el traidor Sudek, era una verdadera orgía, donde el vino y los manjares se derrochaban por todas partes. Cuando más animada estaba la fiesta, Sudek se levantó de su sitio y se acercó a un invitado diciéndole:

—Voy por ellas. Dentro de media hora las tendré en su poder.

Florica, que no le perdía de vista, advirtió la marcha de Sudek y sigilosamente, sin que nadie pudiera advertirla, lo siguió hasta la biblioteca del castillo.

Sudek con una seguridad enorme se dirigió a un estante y sacó un sobre con documentos que se guardó en el pecho de la guerrera, pero al volverse para pretender salir se encontró con Florica que le apañaba con un revólver diciéndole:

—¡Vengan esos documentos!

—¿Espía? — preguntó Sudok, sin dar importancia a la amenaza de la joven—. Esto te costará la vida.

—Tenga cuidado que no le cueste antes la suya— respondió la joven—. Necesito esos documentos antes que los lea el enemigo.

—¡No te los daré! — exclamó Sudok adelantándose para salir de allí.

Florien comprendió que si lo dejaba acercarse sería imposible que se apoderara de los documentos y le dijo de nuevo:

—¡Si da un paso más disparo!

Sudok se detuvo, pero miró hacia un timbre y alargó la mano con el deseo de hacerle sonar. Florien comprendió su intención y antes de que pudiera lograr llamar la atención de los que estaban en el castillo disparó contra Sudok que cayó al suelo mortalmente herido.

Inmediatamente se arrojó sobre él y sacó el sobre que contenía los documentos guardándosele rápidamente.

Salió de la biblioteca con ánimo de huir del castillo, mas en aquel momento advirtió que alguien se acercaba. Se escondió tras una puerta y cuando los que se aproximaban a la biblioteca entraron en ella, Florien aprovechó el momento para saltar por una ventana y huir a campo traviesa.

Inmediatamente se advirtió la muerte de Sudok y la alarma se rió por todo el castillo.



— Si da un paso más despacio.

haciendo que en guarnición saliera a dar una batida por los alrededores.

— ¡Allí va la culpable! — gritó un oficial, viendo huir a Florica—. ¡Se dirige a un aparato enemigo, que le espera!... ¡Pronto los nuestros!

Y mientras ellos iban a transmitir la orden de que los aviones se pusieran en persecución del aparato en que iba a huir la que había dado muerte a Sudek, Florica llegó hasta donde estaba el avión con las insignias

rimanas. Cuando estuvo junto a él oyó la voz de Survian que le decía:

—¡Atríbal...! Es preciso huir!

Florica no se hizo repetir la orden. Se encaramó sobre el avión y segundos después Survian se elevaba, pero esta vez perseguido por los aparatos enemigos.

Durante media hora se entabló entre ellos un duelo a muerte. Habían oído dos aparatos contrarios, pero los otros dos seguían haciendo fuego contra ellos, hasta que uno de sus disparos hizo blanco en un brazo de Survian y exclamó:

¡Me han herido!...

—¿Puedo continuar mandando el aparato? — preguntó ella.

—Sí, pero no podrás disparar.

Entonces Florica se apoderó de la ametralladora y con un arroyo verdaderamente letal hizo frente a los demás, hasta que por fin se encontraron en las líneas amigas.

—Ya podemos aterrizar — le dijo ella—. Pero en aquel instante se dio cuenta de que Survian inclinaba la cabeza y abandonaba los mandos del aparato. Tavo Florica que demostrar que también sabía conducir un avión y gracias a esta pericia pudieron aterrizar, y auxiliar a Survian, que al volver en sí encontró a su lado a Florica y le preguntó:

—¿Dónde estamos?...!

—En nuestras líneas—respondió ella en-
cinosamente—. Por fin hemos llegado a nues-
tras líneas de amor.

Y cogiéndole la cabeza entre sus manos
besó con frenesí al hombre que amaba y que
tan heroicamente había expuesto la vida por
salvarla.

FIN

Cuentos de colores

Colección
amena y
sugestiva

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Dadlos antes de
que se agoten

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS" - Apart. 707 - Barcelona

Envíenos vuestros pedidos y colecciones, completas, gratis
costo del transporte en salido de correo. Remítanos cheque o giro postal
para el certificado. Usaremos gratis

Los últimos éxitos de la temporada 1933

en

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 100 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GILBERT SMITHSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.

Producción: ARTISTS ASSOCIATES

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un virtuoso de la ciencia, interpretada por
los artistas DONALD CRISP y HELEN HAYES.

Producción: ARTISTS ASSOCIATES

LA ÚLTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRETT
HELEN TWELVEEYES.

Producción: R. K. O. Exclusivas SICG

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EXPOSITO y MAX HANSEN.

Exclusivas: HUE

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran héroe SENSUI
HAYAHARA - KAN MAY WONG - WANG CHANG.

Producción: PARAMOUNT FILMS

Pide el nuevo Catálogo Ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PERDIDA A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelon